

PALABRAS DEL PROF. D. JOSÉ MORALES,
PRESIDENTE DEL COMITÉ
ORGANIZADOR DEL SIMPOSIO

Revmo. y Excmo. Sr. Obispo
Ilmo. Sr. Decano
Queridos colegas y amigos

Nuestro Simposio, ya prácticamente concluido, ha tenido lugar en un momento de honda transformación de la teología, como han sido y son estos decenios finales del siglo XX. La teología ya no se concibe únicamente como una *fe pensada* o una *fe que busca entender*, sino también como una *praxis de la vida eclesial*, en estrecho contacto con el mundo: un contacto cargado de promesas y que, al mismo tiempo, puede ser amenazador.

Se impone hoy de modo particular a la teología la responsabilidad de recobrar plenamente su sentido de identidad, y de hacerlo operativo en beneficio de sí misma, pero sobre todo en beneficio de la Iglesia, y de toda la humanidad, sin límites de áreas culturales, modos de pensar, clases sociales, o razas.

La teología cristiana —nuestra pobre teología, pobre por su condición humana, pero grande por su proximidad al misterio divino— es bien consciente de lo mucho que recibe de la cultura, del pensamiento profano, y de las ciencias humanas.

Pero sabe también que, cuando habla a la comunidad cristiana, a la academia, y a la sociedad en su conjunto, ofrece un mensaje perenne. Tiene mucho que aprender, pero tiene mucho que enseñar. Aunque el teólogo cristiano habla en nombre de un grupo particular y de una confesión bien determinada, su palabra puede ser relevante para todos los hombres y mujeres del planeta.

La teología de la Iglesia, que no olvida la existencia de otros testimonios y factores de verdad aparte de los propios, reclama sin arrogancia para su mensaje un contenido de Verdad última y de sentido, que considera cualificados, gracias a la novedad evangélica que los

origina y enriquece. Se considera receptora, pero se ve también en condiciones de dar al mundo bienes de los que el mundo carece.

Vivimos en una *época* teológicamente *paradójica*. Podemos hablar de una crisis de la teología, derivada tal vez de dificultades eclesiales de orden más general, y causada, desde luego, por la gran variedad de metodologías que pueblan el mundo teológico y producen resultados dispares. Y sin embargo, nunca como ahora hemos sido conscientes de la función indispensable de la teología en el gobierno pastoral de la Iglesia y en su misión evangelizadora.

En otro orden de cosas, la teología redimensiona hoy sus tareas y sus antiguas pretensiones de tener respuesta para toda cuestión. Y, sin embargo, asume con decisión nuevos cometidos, como por ejemplo, una reflexión renovada sobre las religiones, que será muy probablemente una de las tareas teológicas del próximo milenio.

Es patente, al mismo tiempo, el creciente carácter interconfesional de la teología cristiana, que se acompaña, sin embargo, de una legítima y necesaria preocupación católica por proteger el sentido eclesial de la interpretación del Credo.

La teología ha ampliado finalmente sus sujetos y sus destinatarios, y al mismo tiempo corre de nuevo el riesgo de una excesiva intelectualización que la haga un saber hermético, asequible únicamente a iniciados o personas de gran cultura.

Hasta aquí, algunas paradojas y tensiones de la teología contemporánea. Pero esta situación constituye un estímulo para todos. Porque en teología estamos siempre comenzando, y habrá siempre en la actividad teológica —como en cualquier tarea humana— una sensación de trabajo no terminado, no sólo porque los logros humanos son como prolegómenos de algo que no es del todo realizable en este mundo. Sino porque la teología en sí misma no tiene techo, y es un saber siempre fragmentario y perfectible, en el que cada etapa se abre a nuevos horizontes.

Quiero agradecer vivamente a los ponentes sus excelentes contribuciones al desarrollo del Simposio. Dirijo también mi agradecimiento a todos mis colegas del claustro académico, y a las personas de la secretaría y otros servicios de la casa, que han trabajado una vez más con tanto celo y responsabilidad.

Manifiesto asimismo mi gratitud a todos los asistentes de Pamplona y de fuera de Pamplona, que con su presencia han mostrado hacia nuestra Facultad una confianza que es, para todos nosotros, fuente de impulso, y llamamiento a un trabajo teológico cada vez más responsable y depurado.